

**Nunca dejes
de soñar**

AA. VV.

Nunca dejes de soñar





Directora de arte: Amelia García

Maquetación: Marina Zambrana

AA. VV.

Nunca dejes de soñar

Primera edición en Ediciones Idea: 2024

© De la edición: Ediciones Idea, 2024

© De los textos: sus autores

© Del primer prólogo: Antonia Molinero

© Del segundo prólogo: María Candelaria Ledesma Riera

© De la fotografía de la portada: Chinita

Ediciones Idea

• San Clemente, 24, Edificio El Pilar,
38002, Santa Cruz de Tenerife.

Tel.: 922 532150

• León y Castillo, 39 – 4º B,
35003 Las Palmas de Gran Canaria

Tel.: 928 373637 – 928 381827

• correo@edicionesidea.com

• www.edicionesidea.com

Fotomecánica e impresión: Gráficas Tenerife, S.A.

Impreso en España – *Printed in Spain*

ISBN:

Depósito legal:



Este libro protege el entorno

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea electrónico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y expreso del editor.

*Este libro ha sido publicado gracias a la
Concejalía de Bienestar Social, Calidad de Vida
y Drogodependencias del Ayuntamiento
de San Cristóbal de La Laguna*

Nota de la edición

Hemos respetado la forma de escribir de cada uno de los autores/as sin intervenir en correcciones de estilo para conservar su manera de expresarse.

Prólogo

La distancia con los recuerdos se mantiene en su sitio hasta que pulsas la tecla de memorias y el pensamiento te trae en bandeja de plata las vivencias más chulas o las más tristes y dignas del olvido. Hay recuerdos que se desenmascaran un día y no quieren borrarse porque forman parte de lo que somos.

Estamos hechos de sombras y de luces, y todo ha de contar para reconstruir una vida si queremos escribir nuestras memorias con la escrupulosidad y verdad que requieren.

Pero ¿y los sueños, dónde quedan? Están ahí en pole position con su positivismo intacto, con ganas de realizarse, de cumplirse. Lo ideal es no perder esa ilusión, la que sea, por muy sofisticada que se muestre tipo: “quiero publicar un libro de mis memorias” o muy sencillita, pero remolona como: “quiero estudiar”.

Las ilusiones nos mantienen vivos, estoy segura, y si se mueren, morimos un poco. Así que consejo o *tips*, como se dice ahora, no dejen de soñar, no dejen

AA.VV.

de jugar, de sentir, de vivir, eso que ustedes saben hacer tan bien.

Ha sido un honor escuchar sus historias, un placer contar con su amistad. Me gustó mucho darles clase y ayudarles a sacar del baúl de los recuerdos sus mejores historias. Gracias eternas a todos, al Ayuntamiento de La Laguna desde su Consejería de Bienestar Social, al personal del Centro Ciudadano de San Benito y a Ediciones Idea por editarnos estos libros absolutamente deliciosos.

Antonia Molinero,
Profesora Del Curso De Escritura De Memorias
Y Directora De La Escuela Literaria

Prólogo

Nunca dejes de soñar

Bajo el brillo de la luna en el silencio de la noche, reflexiono y me digo: “nunca dejes de soñar” aunque el camino que quede por recorrer sea exiguo.

La vida igual que te entrega todo, te lo arrebat. Proporciona oportunidades impresionantes para tener aventuras intrépidas, conocer gentes y lugares maravillosos. Y te quita ilusiones, abrazos, caricias...

En un solo segundo puede romperse el alma en mil pedazos sin posibilidad alguna de volver a reconstruirse.

He sufrido por demasiados “hasta siempre”. Innumerables despedidas que han dejado enormes vacíos y profundas soledades, apagando mi luz interior y sumergiéndome en negros silencios. Aun así me he levantado, he acicalado las cicatrices y he continuado hacia adelante.

A veces pienso que nada tiene sentido. Que somos marionetas de unos titiriteros que manejando los hilos a su antojo juegan con nosotros para que representemos muchos dramas y pocas comedias.

Así, en este escenario he interpretado, con mejor o peor fortuna, diferentes personajes: nieta, hija, hermana, esposa, madre perruna, amiga...

Pero este año he tenido la fortuna de sentirme la estrella de esta función. He logrado soltar lastre, he mimado mi esencia y he batallado por recuperar la confianza perdida. Y esto se lo debo al curso de la Escuela Literaria “relatos de mi memoria”.

Hoy se apagan los focos y se baja el telón. Pero no es el final sino el comienzo de un nuevo camino. No hay tristeza sino gratitud por formar parte de esta obra. Seguro que nos volveremos a encontrar si no es sobre los escenarios, será al menos, paseando por nuestra entrañable ciudad de La Laguna.

María Candelaria Ledesma Riera,
Alumna de la segunda Convocatoria

Primera convocatoria

¡Qué fiesta! ¡Grande Raffaella, grande!

Ya se está aproximando la hora. Los últimos invitados se están yendo. Nos quedaremos solo el grupito de siempre. En breve, la casa de Benijos será toda nuestra.

Cincuenta años no se cumplen todos los días.

Ya podemos ir calentando motores. A la homenajeada habrá que distraerla. A ver si Alexis se la lleva a alguna zona donde no vea la que le tenemos preparada.

Sí, sí, ya se la llevó. Ahora nos toca ponernos las pelucas rubias. Una para Ale, otra para Jordi, la de Anika, la de Mari Tere, la mía y ya está. Todo listo. Hay que ver lo que da de sí un bazar chino.

Un poquito de ron *on the rocks* y arrancamos.

Ahí traen a nuestra Eli, la reina de la fiesta. Ya la tenemos enfrente, con los ojos vendados. ¡Ay!, que se le va a caer la venda de los ojos. Ojalá se le cayeran otras cosas, que últimamente anda algo mustia.

Y sí, sí, sí. Ahí está, mirádonos con cara de no me lo puedo creer, de esto no me puede estar pasando a mí. “Panda de cabrones, otra vez me la han vuelto a pegar” nos dice. Pero ahí está ya entregada. ¡Vamos, que la vida son solo dos días y hay que aprovecharla al máximo!

Ah ah ah ah ah ah ah ah
Ah ah ah ah ah ah ah ah
Caliente caliente, eo caliente caliente, oa
Caliente caliente, eo caliente caliente, oa
Hace tiempo que mi cuerpo
Está desierto de besos, tú me quieres matar
Premio para el caballero
Que me bese primero, no se arrepentirá
Ah ah ah ah ah ah ah ah.

Y quién será el caballero, o mejor, la caballera, que me bese primero, quién será. Será esa pelirroja que no me deja de mirar, y que se pega a mí como una lapa, no sé.

Allá vamos otra vez, ahora entramos con Fiesta. Ahora le toca a Jordi y Alexis –qué digo perdón eh, eh, Georgina y Alexandra. Están guapísimas mis muchachas, y allá que van 1, 2, 3 y...

Fiesta qué fantástica, fantástica esta fiesta
Qué fantástica, fantástica esta fiesta
Esta fiesta con amigos y sin ti.

Esto marcha, otro traguito de ron y ya van... No me acuerdo. La pelirroja ahí sigue camuflada, pero

lanza unas miradas que *pa* qué. La cumpleañera parece contenta. Está claro, no se esperaba la sorpresa. Ja, no somos nadie nosotras, “Las Nancys Guerrilleras” preparando una fiesta “sorpresa” en plan Raffaelas.

Para mi niña estos últimos años no han sido buenos. Después de la separación, la vida se le complicó un poco y la tristeza le ha estado rondando. Pero ahí la vemos otra vez, divirtiéndose como una campeona y disfrutando como cuando íbamos a los carnavales hace ya, cuánto hace. Mi madre, cómo pasa el tiempo.

Que siga la ronda ¡Ay, la pelirroja! Qué peligro tiene, no deja de mirarme la condenada. A ver si me hago la contradiza. Y sí, ahora me toca el turno a mí, a la Toñi y ahí que me lanzo, sin paracaídas.

Ah-ah-ah-ah
En el amor todo es empezar
Ah-ah-ah-ah
En el amor todo es empezar
Explota, explótame, expló
Explota, explota mi corazón
Explota, explótame, expló
Explota, explota mi corazón.

Ah-ah-ah-ah. Grande, grande Raffaela. Y es que yo, como Toñi, modestia aparte, soy magnífica. Qué emoción, qué inspiración, qué alegría. Y qué basta, por dios. Pero ahí está todo el mundo loco y aplaudiendo a la gran Toñi-Raffaela. Ahora la pelirroja,

sí que se fija, sí, la pillé, no hace otra cosa que mirar pa mí y explota, explótame, expló.

La noche comienza a caer sobre Anaga. Ya van bajando las revoluciones. Ahora toca la entrega de regalos. Ese *cassette* con los grandes éxitos de Raffaella, inmejorable, el libraco de sus memorias: “Raffaella Carra: La pasionaria del tuca-tuca”, glorioso y el resto de regalos *va bene*.

Aunque aún sigue la animación, ya nos vamos despidiendo. Ya llega ya la última traca.

Todos dicen que el amor
Es amigo de la locura
Pero a mí, que ya estoy loca
Es lo único que me cura
Para hacer bien el amor hay que venir al sur
Lo importante es que lo hagas con quien quieras tú.

Ahora sí que nos vamos. Algunos se quedan en el sitio, ya no pueden más. Yo me voy acercando a la pelirroja. Tengo un peligro, ya me conozco.

Le digo eso de “¿qué hace una chica como tú en un sitio como este?” y la muy descarada me responde que esperar por mí, que ya estaba cansada y que a ver si hago algo. Pues claro que sí, que sí, que sí. Y ahora sí que no puedo parar y me invade el desenfreno.

Así, mientras seguimos cantando, la pelirroja y yo nos vamos a hurtadillas, con nuestro particular botín, una botella de ron que aún quedaba por abrir.

Nunca dejes de soñar

¡Que sí, que sí!
Hagámoslo así
Verdad, verdad
Que el tiempo pasará
Va bien, va bien
Soñemos un edén
Felicidad
Felicidad
Tarattatá!

Antonio Hernández Morales

Habibi

Estamos de senderismo en el Alto Atlas. Avanzamos por un desfiladero con el agua hasta las rodillas, algunos se acercan a nosotras para ayudarnos, parece que hay miedo de que la corriente nos lleve, aunque realmente la razón no es esa. Llegamos después de recorrer varios kilómetros a unas cabañas al lado del río. Por el camino, los guías marroquíes compran un cabrito, que está colgado por fuera de la ventana de una casa de barro rojizo de la aldea que pasamos. Lo lavan en el río, está lleno de moscas, lo preparan y nos lo comemos acompañado del *arak*, una mezcla muy fuerte de té verde y licor. Suena la música bereber, con mucha percusión y variedad de ritmos. Nuestros guías y sus acompañantes tocan los tambores, las flautas y sus gargantas emiten sonidos que hacen vibrar el cuerpo y que se reflejan en las montañas que nos rodean. Bailamos en círculo todos juntos al ritmo de la música. La sensación es de felicidad. Estoy aquí y ahora. Entre la comida, la bebida y el baile la temperatura corporal aumenta, el río está cerca, nos bañamos, el agua está

helada, en la parte más alta de una de las montañas vemos la luna llena.

Hoy seguimos caminando y comentamos fríamente lo sucedido la noche anterior. Parece que tenemos muchísima suerte en este viaje. Estamos en un país de costumbres diferentes donde los hombres nacen con ventajas frente a las mujeres. Somos diez mujeres y el resto son hombres. Nos han acompañado desde Tenerife diez hombres a los que sumamos los dos guías marroquíes y quince hombres encargados de llevar nuestras mochilas en sus animales de carga y de hacer la comida para todos. Estamos en un mundo de hombres. ¿Dónde están las mujeres? Ellos nos reciben en todos los sitios por los que vamos pasando. ¡Mira, allí hay mujeres! A lo lejos junto al río lavan acompañadas de los niños. Los niños nos saludan y se ríen, algunos llevamos paraguas para protegernos del sol. No lo entienden, somos unas locas.

Ruta de nuestro verano de 2012
Evelia Hernández González

Mi abuelo paterno

Siempre sentí una gran ilusión por conocer a MI ABUELO MOHAMED, vivía en su pueblo natal en EL RAFID, en la provincia de RAZHALLA en EL LÍBANO. A principios de la década de los 60 del pasado siglo, recibimos una carta, que nos daba la desagradable noticia del fallecimiento de mi apreciado abuelo, quedando truncada mi ilusión de poderlo conocer. A la vez y para más adversidad nos comentan que había muerto en la más triste soledad, pues lo habían internado en un asilo de Beyrouth, cuando mi padre pensaba que residía en su casa habitual. Esa noticia nos entristeció mucho más, que fuera abandonado a su suerte en la más apenada soledad, sin haberle comunicado nada a mi afligido padre, sintiéndome solidario ante tal atropello efectuado por su hermano YOMUA, que era el encargado de cuidarlo con el dinero que le enviaba mi padre para el sustento de su querido antecesor para que no le faltara nada. Así y todo, los muy desvergonzados se apropiaban el dinero para ellos, sin decirnos

nada de la situación de desamparo de mi abuelo. Entramos en un estado de indefensión y amargura que nunca olvidamos.

Mi padre siempre sentía un afecto y cariño por sus progenitores, y un gran agradecimiento. Cuando estaba en la escuela primaria, y llegando al ciclo final de sus estudios, su profesor le comentó a mi padre que quería hablar con mi abuelo. Mi padre, sin saber el motivo, se lo comunica. Cuando mi abuelo se entrevista con el profesor, le comunica que su hijo AHMED tenía un nivel de inteligencia muy alto que superaba, junto con otro alumno, el nivel de la clase, y a la vez le comunicaba que reunía todas las cualidades para ir a estudiar a la UNIVERSIDAD. Mi abuelo le comenta que no disponía del dinero necesario, para poder costearlos y realizar los estudios superiores. El profesor le insiste, que era muy importante que lo intentara por todos los medios. Una vez escuchado al profesor, mi abuelo salió muy preocupado, porque no sabía cómo reunir una onza de oro, que era el precio a pagar para ingresar en la UNIVERSIDAD. Mi abuelo MOHAMED se llenó de amor propio y coraje, ahorrando y pidiendo dinero prestado, logró reunir para que mi padre AHMED, más conocido por AMADO, pudiera estudiar. Sabía que su hijo no le defraudaría. Mi padre fue un alumno aplicado y responsable, sacó sus estudios con notas de sobresaliente, mi abuelo y mi padre se sentían felices y orgullosos. Siempre rezaba por su antecesor, para que DIOS le diera salud y felicidad, lo honraba con todo

Nunca dejes de soñar

su cariño y agradecimiento. TUVE UN BUEN PADRE Y UN GRAN AMIGO. GRACIAS BABA. GRACIAS POR ESCUCHARME.

Fernando Wehbe Salla

El pueblo

Por fin llegaba julio y me iba al pueblo de mis abuelos, aquel lugar donde me sentía libre y feliz. Todo empezaba metiendo la maleta en el 600 verde, incluido el orinal, para no tener que parar continuamente.

Cuando llegábamos al túnel de Guadarrama, mis nervios se disparaban y también mi imaginación. ¡Qué largo era! ¿Y si se estropeaba el coche?, ¿habría aire suficiente?, ¿y si nos perseguían los malos, podríamos salir a tiempo? Cualquier conductor era candidato a sospechoso y, cuando salíamos, hacíamos la primera parada para comer, siempre en el mismo sitio, siempre la misma comida. Y, por fin, dejábamos Segovia atrás, con la consabida visita a los hermanos de mi abuelo.

Todo el viaje seguía un ritual. El camino desde allí pasaba por carreteras cubiertas de árboles por los que se filtraba la luz, y donde yo veía ovnis, ángeles y seres de otros planetas, hasta campos de girasoles, donde todos miraban en la misma dirección. Después, los campos de sandías y las eras. Y, por fin, llegábamos y allí estaba mi tía abuela, con aquel gesto

tan suyo que parecía que siempre estaba enfadada, toda vestida de negro, con su moño blanco y las manos en las caderas, y entrábamos en la casa por aquella puerta, tan castellana, dividida en dos, con la cortina que ponían para evitar que entrasen las moscas, cosa que nunca se conseguía. El pasillo, oscuro y fresco, el corral con tantos animales, la subida al *sobrao*, donde colgaban los jamones y estaban aquellos baúles enormes llenos de ropa antigua con la que me disfrazaba.

Pero, sobre todo, estaba la cocina. Era grande y destartalada, tenía un banco de madera blanco con cojines rojos donde pasábamos las horas, una mesa redonda con un hule lleno de moscas que mi tío cazaba con la mano, lo que podía tenerme entretenida parte de la tarde y que, por supuesto, intenté hacer miles de veces. En frente, una cocina de hierro que se mantenía todo el día encendida, a la que me dejaban echar piñas, y una nevera.

Esa cocina siempre estaba llena de gente. Mi tía abuela era el centro de todo, matriarca donde las haya, era la dueña y señora. Allí no se movía un dedo sin su consentimiento. Todos sus hijos pasaban por allí antes de ir al trabajo, desayunaban tazones de leche con pan de hogaza, se vestían y se iban al campo y luego volvían cuando terminaba la jornada. En aquella cocina, empezaba y terminaba el día.

Por las mañanas, tenía tareas que hacía a toda prisa para salir a la calle, no iba muy lejos, me sentaba en el escalón de la entrada y jugaba con la nieta

de los vecinos de al lado, que vivía en Galicia. Nos encantaba reencontrarnos, unos cacharritos, agua, un trozo de ladrillo y unas hierbas para machacarnos daban para parte de la mañana, aunque, a veces, sin permiso, nos colábamos en el aserradero para coger caracoles o nos escapábamos a la charca para cazar ranas.

Al terminar de comer, me tocaba cumplir con otra tarea: llevar las botellas de cerveza y de gaseosa a la fábrica. Recuerdo un camino muy largo por calles desérticas y unas puertas metálicas enormes que daban a un gran espacio central lleno de cajas y cajas de bebidas. Me daban unas monedas en función del número de botellas, monedas que guardaba para gastar el domingo. Y, después, la siesta, la odiaba, una hora metida en aquella habitación con cama alta, cabecero de metal, colchón de lana y aquellas alfombras de piel de vaca que nunca pude olvidar. Una hora callada y sin moverme, nunca lo conseguí. Creo que era el único momento en el que mi abuelo se enfadaba conmigo y yo echaba de menos a mis padres.

Por la tarde, íbamos al río a bañarnos. Aquel agua helada, transparente y llena de piedras redondeadas con las que jugábamos a hacer remolinos y aquellos pinares donde nos escondíamos era, quizás, mi lugar preferido.

Sobre las ocho, llegaba la mejor parte del día, ordeñar a las vacas y vender la leche. Se ponían los cubos de metal encima de la mesa, los medidores y

una caja azul con una llave y empezaban a llegar los vecinos. Yo era la encargada de llenar las lecheras y cobrarles, ¡era genial! Al terminar, todas las mujeres de la calle sacaban sus sillas, de madera y enea, y se reunían en una de las puertas a charlar de sus cosas. Mientras, los niños cazábamos murciélagos tirándoles una boina, pero ojo con dar a una golondrina porque, enseguida, mi tía abuela hacía gala de su mal genio y nos recordaba que las golondrinas eran hijas de Dios.

El único día diferente era el domingo, ropa de domingo y a misa, las mujeres delante y los hombres detrás. ¡Vaya rollo! Menos mal que alguna vez me tocaba pasar el cepillo. Y, al salir, a la plaza, grande, rodeada de bares, donde los hombres se tomaban una caña, mientras las mujeres hablaban a la puerta de la iglesia y se iban a casa a preparar la comida. En el centro, el quiosco, donde gastaba el dinero ganado a lo largo de la semana.

Y así eran mis meses de julio en aquel pueblo con un río rodeado de pinares.

Hace dos años, después de mucho tiempo, volví a un entierro y, para mi sorpresa, todo era pequeño, las calles, la plaza... Me sentí extraña, nada era como yo lo recordaba, aunque supongo que lo que lo hizo especial fueron todas aquellas personas que ya no están.

Marta Álvarez Fernández

Ella...

Pues la verdad es que me cuesta mucho, pero mucho hablar de ella. Aunque no la conozco personalmente, cambió mi vida por completo, me dejó destruida cuando apareció.

¿Quién te dio permiso para cruzarte en nuestro camino?

Poco a poco, he conseguido vivir con ella alrededor. Es mala, maligna, destructora, capaz de hacer que no se pueda vivir sin ella.

Ha sido capaz de hacerme pasar muchas noches en vela, preocupada, muchos días sin saber qué hacer, años pendiente de que no aparezca de nuevo, pero siempre vuelve. Quisiera encontrar una forma de hacerla desaparecer de mi vida y de la de muchas personas que sufrimos por su culpa, hacerla desaparecer del mundo entero para que no siga haciendo tanto daño y destruyendo a las personas que más queremos. ¿Se conseguirá algún día?

Tuve mucha fe al principio, cuando poco la conocía, porque creí que conseguiría que se alejara de nosotros, pero con el paso del tiempo me he dado

cuenta de que es algo casi imposible. Mucha gente vive de ella y se mueve mucho dinero, eso hace que sea muy importante y poderosa y siga matando personas y destruyendo hogares y familias.

Te pido que te alejes de nuestro camino y que sigas el tuyo, lejos, muy lejos, donde nadie se acuerde de ti, donde nadie sepa de ti, donde no seas importante.

Quiero que nos dejes en paz para siempre. Déjanos ser felices, déjanos vivir y disfrutar de lo que tenemos alrededor, sin depender de ti.

Cambiaste mi vida totalmente, cambiaste el camino por donde iba caminando y por donde debía seguir.

Eres capaz de matar, no te importa ni sexo ni edad ni nombre. No te importa nada. Cuando entras, mucho hay que luchar para alejarte.

Por eso, te repito de nuevo... ¡¡¡VETE PARA SIEMPRE!!!

María Concepción Hernández Herrera

Bosque y flores

Para Itziar

Cuántas cosas me recuerdan tu presencia: las montañas de La Punta, el Club Náutico con su terraza al lado del mar, sus idílicos charcos en los que te diste los últimos chapuzones, las sardinas fritas en La Punta o Bajamar... Cinco años compartidos. Las caminatas por el Bosque de Anaga, a cualquier hora, las conversaciones –hablabas tú más que yo, aunque a veces te proponías no hablar–, estar en “el silencio” –pocos ratos lo conseguías–. Siempre tuviste un consejo, una sugerencia o un punto de vista que darme. Transmitías confianza, ¡gracias, amiga! Echo tantos momentos de menos: las conversaciones en la azotea, en la entrada de nuestro edificio, de noche, de día... Espero haberte proporcionado compañía y cariño, como lo hiciste conmigo. ¡Te fuiste pronto!

Con aire *hippy*, fuera de convencionalismos estéticos, sin depilar, con pantalón corto, sin usar sujetador, con una rama de árbol como palo de caminar, así nos íbamos por la calle a coger la guagua en dirección

Las Mercedes. Fueron muchas las tardes que subimos, muchos sábados después de comer. Una de las primeras veces fue durante la pandemia, esta vez lo hicimos en mi coche hasta Cruz del Carmen, a las cinco de la tarde bajamos caminando hacia el camino de Las Hiedras. Era una tarde de otoño, oscurecía pronto, caminamos mucho tiempo mientras conversábamos: lo disgustada que te sentías con el ambiente de trabajo, el machismo, tu preocupación por Ayub (migrante marroquí alojado en el campamento Las Raíces), al que ayudaste con tu hija y conmigo a salir de Tenerife en tiempo de pandemia, nos arriesgamos a ser detenidas, pero lo hicimos, nos emocionamos y fue muy bonito. De pronto se hizo de noche, y allí estábamos todavía, solas, en medio del bosque, sin linterna ni teléfonos cargados, casi no había cobertura, y sin encontrar la salida: el desvío que debía subirnos a Cruz del Carmen. Desorientadas, caminamos cada vez más a prisa. El nerviosismo y la inquietud no me dejaban hablar. Tú, más tranquila, propones dormir allí, al día siguiente ya encontraríamos la salida. Para mí, en ese momento, era impensable. Conseguimos salir a las 9:30 de la noche y a las 10:00 era el toque de queda, hora en que llegamos a casa. ¡Toda una aventura!

Te entusiasmabas con lo que hacías: realizaste el taller de astronomía para niños con discapacidad. Te vi llegar cansada, pero muy ilusionada. Aquel contacto con la niña autista que te cogió de la mano te

motivó a leer mucho sobre el autismo y creíste haber descubierto que eras TDAH.

Disfrutabas tomando el sol en la azotea, momentos que muchas veces aprovechamos para charlar, mientras tendía la ropa. Conversaciones sobre feminismo, la relación con los hijos/as, tus deseos de dar la vuelta al mundo caminando, de hacerte pastora – hiciste el curso online y una parte práctica en Madrid, el trasquilado. También la azotea te servía para practicar algunos de tus talleres, un reloj de sol con el palo de las servilletas o las sombras del planeta tierra con la bola del mundo, y también para disfrutar del sol en tu esterilla o, algunas noches, contemplar la luna y las estrellas.

Siempre estuviste fuera de convencionalismos, y así te fuiste: como una estrella fugaz.

Al irte te hicimos lo que seguramente te habría gustado, un gran homenaje en el que participé: un anillo de turquesa que llenamos con “deseos” los y las que te queríamos, él uniría unas flores y te acompañaría. Tus coronas nos las pusimos en nuestras cabezas y las trajimos a casa, a mi casa (Tris se había olvidado la llave). Las cinco coronas estaban en el salón de mi casa: tres colgadas en las sillas del comedor, una sobre la mesa y otra en el suelo, apoyada en el sillón. Ese fin de semana estaba sola en casa, así que esa noche me senté en el sofá acompañada de tus coronas de flores. Sentí un poco de yuyo y dudé, “¿me siento a ver la tele o mejor me voy a la cama?”. Intenté convencerme de que no pasaba

nada, que todo era normal, pero, al momento, me volvía a asaltar el pensamiento de: “esto no puede ser normal, ¿y si esto va a ser un presagio?... ¡Qué tontería, no pasa nada! Son tuyas, nada malo puede ser”, y así fue como me senté a ver la tele con la increíble compañía. Una imagen surrealista, de Berlanga. A la mañana siguiente, bajamos las coronas a tu casa. Nos reunimos los amigos, amigas y tus hermanos y hermana a sacar, de cada una de las flores de la corona, la cinta adhesiva, el palito metálico y el de madera que las sujetaba; debíamos elegir, entre ellas, algunas para llevarlas en nuestro pelo o solapa. Un escenario fantástico y lindo que duró toda la mañana. El resto de las flores las llevamos al mar, a ese charco maravilloso en el que un día nos bañamos, ahora salpicado de flores, y tu hija junto a algunos amigos y amigas comparten desnudos un baño en un día lluvioso y gris.

Una preciosa estampa que tú hubieses pintado.

Argelia Martín

Reencuentro

Como cada domingo, mamá nos despierta a las tres para ir a misa. Mis hermanas todavía no han hecho la comunión y tienen que quedarse, después de oír la eucaristía, a la catequesis. Yo me quedo ayudando a la catequista mientras las espero. Aunque les llevo tres y seis años, mamá nos viste iguales. Hoy estrenamos un vestido de una tela que se llama bombasí, confeccionado por mi tía, que es modista; mi madre le ayuda. También los zapatos y los calcetines son iguales: blancos y la pulsera de oro que nos dejaron los Reyes Magos. Cada año nos dejan algo de oro, una muñeca nueva, una canastilla llena de ropita para las muñecas de otros años, que la hacen entre mi madre, mi tía y mi abuela. Mis hermanas no lo saben porque todavía son pequeñas, pero los Reyes Magos en mi casa son las madres, de eso me enteré este año. Unas amigas me lo confesaron. Aunque me dijeron que eran los padres, yo enseguida entendí que en mi casa son las madres.

Hoy lunes, al salir del colegio estaba lloviendo. Mis hermanas y yo nos encontramos con mi madre

que, como cada día, nos espera por fuera del colegio y las cuatro, con los paraguas y las botas de agua, brincamos de charquito en charquito salpicando todo. Nos divertimos mucho, cogidas de la mano y, aunque nos manchamos la ropa, a mamá no le importa, siempre dice: “la ropa se lava, no se preocupen”. La alegría nos duró poco porque, cuando pasamos por el descampado solitario, vimos algo muy triste: un hombre con cara de ruin sacaba de un saco unos perritos, cachorritos con los ojos cerrados todavía y los estampaba contra el suelo. Yo le grité “¡NO!” y pude salvar al último. Lo cuidé durante una semana, de día, de noche y de madrugada. Le daba calor con mi cuerpo, dentro de una cajita de zapatos y lechita con un biberón de muñecas, pero no se salvó. Estaba muy débil por el maltrato que sufrió dentro de aquel saco. Lloré durante mucho tiempo, no sólo por ella, sino también por sus hermanos. Esa semana, cuando la señorita nos mandó a hacer una redacción, yo conté la historia de Perlita y fue la mejor de la clase.

Mis hermanas y yo cumplimos años por las mismas fechas. Somos las tres del signo escorpio y nos celebran los cumpleaños el mismo día, con tartas distintas, con los amigos de cada una y siempre en la fecha que cumple la última, porque mamá dice que da mala suerte celebrar los cumpleaños antes de tiempo. Viene un fotógrafo profesional que vive en nuestro edificio y nos hace unas fotos de estudio muy bonitas.

Acabo de cumplir once años y mis hermanas, Juli ocho y Rosi cinco. Desde que guardo memoria, siempre las he cuidado. Les he dado biberones, cambiado pañales, les cuento cuentos, dormimos juntas y también las protejo de los niños malos en el colegio.

Me bautizaron, hice la comunión y... ¿me confirmarán y me casaré algún día en la misma iglesia del barrio?

Me gustaría estudiar psicología por ayudar a la gente y periodismo porque me encanta escribir. Tal vez algún día pueda hablar con libertad sin que, sobre todo mi padre, me prohíba todo. Y si algún día me caso, quiero ser como mi abuela.

Rafaela Candelaria Marcelino Rodríguez

El amor

Decimos que el Amor es un sentimiento tan grande e importante que no siempre es fácil de conseguir en la vida. También se dice que el Amor se gasta, se acaba y tantas cosas que se argumentan alrededor de este sentimiento intangible, que además de cómo o cuándo llegue es maravilloso.

Yo lo experimenté un día cualquiera sin buscarlo ni esperarlo, cuando conocí a Juan por medio de amigos comunes, que quedamos para celebrar el final de los exámenes en un chiringuito de La Palma, el Chipi-Chipi. Llegamos y besos y alegría entre todos. “¡Ah!”, me dice Aurora, “conoce a Juan, un amigo”, “encantada”, le respondo, me pareció guapísimo, y seguimos hacia el comedor. Allí empecé a notar que me miraba mucho, pero lo atribuí a que, como era la nueva del grupo para él, qué sé yo, sería simple curiosidad.

En medio de la comida, nos hicimos bromas, pero hay una especial, y es cuando Juan me pasa una servilleta donde me dice: “eres la persona que andaba buscando”, yo la pasé a mi bolsa de clase sin

darle importancia y de ahí en adelante, trataba de esquivar sus miradas. Entre risas y picoteo, terminó la tarde. Nos despedimos con un “hasta pronto” todos. A partir de ese día, Juan no dejó de preguntar por mí e intentar que volviésemos a vernos, hasta que volvimos a coincidir. Ya él le había comentado a Aurora, Ángeles y Conchi, mis amigas del grupo, que me había visto durante el verano y que no le fui indiferente, pero me buscó y no supo quién era ni cómo me llamaba, hasta aquel día en la comida del Chipi-Chipi. Ya mis amigos se lo pusieron fácil, y creo que me enamoré desde el primer día que le conocí, él de mí también.

Desde entonces y hasta hoy, seguimos juntos, uno al lado del otro, y convencidos de que sí existe el destino y lo que está para cada uno llega. A mí me llegó el Amor a través de una frase escrita en una servilleta.

MaryCarmen

Segunda convocatoria

El día que conocí a mi padre

Como cada día, me levanté a la llamada de mi madre. ¡Anita, venga, que ya es la hora! Desayuna y arréglate, que pronto vendrán las chicas a buscarte y no estás preparada para ir a la escuela.

Comencé a ir antes de los seis años porque mi escuela era, lo que hoy llamamos, una unitaria, había pocas niñas en el barrio y la maestra pidió a los padres que enviasen a las niñas de cinco años para que no la cerrasen. Los chicos iban a otra escuela, en otro lugar diferente, no muy lejos, pero separados.

Esperaba, con impaciencia, a que pasasen mis primas a recogerme, ellas eran mayores y yo sólo contaba cinco años. Me encantaba ir al colegio. Allí había muchas chicas con quien jugar y pasármelo bien, además estaba descubriendo un montón de cosas nuevas, la escritura y la lectura, y el mundo de las cuentas, me fascinaban, me transportaba a otros mundos dejando volar la imaginación.

Durante la espera, ayudé a mi madre a tender la cama. De repente comentó, en voz alta, ¡hoy viene un barco con gente de Venezuela!, a ver si viene alguien conocido y te trae un regalo de tu padre. Me nombra a varias personas, que son de la localidad o del pueblo

de al lado, que yo no conocía, y que supuestamente vendrían. Yo le respondí, ¡papá podría venir también! Ella me miró con ternura y se sonrió, suspirando y dejando escapar un ¡ojalá!

Salí corriendo, a la llamada de mis primas, Mercedes, Neyda y mi primo Felipe, nos fuimos al colegio.

La Escuela estaba situada en Malpaís de Arriba, en Tirimaga, en una casa de dos plantas, con el frente dando a la carretera, tenía forma de una “L”. Aún hoy existe la casa. Estaba distribuida en una habitación grande, en el piso alto, esa era mi escuela y otra habitación, anexa que era utilizada por Don Miguel, el maestro de los chicos de la Sabina, el barrio colindante hacia el norte; en ella guardaba tongas de libros; la gente del barrio decía que se los sabía todos de memoria, no sólo estaban escritos en español, sino que también los había en otros idiomas, pues sabía hablar inglés, francés, alemán, ruso, latín, griego, era lo que se suele decir “un coco”.

Como cada día, cuando llegábamos a la escuela poníamos las maletas en el patio, que había delante, en una hilera, por riguroso orden de llegada, y nos íbamos a jugar hasta que la maestra nos llamara para hacer la fila y entrar.

Una vez dentro de la habitación-aula, a la derecha, según entrabas, estaba situada la mesa de la maestra, presidiendo la estancia, a la izquierda las dos filas de pupitres de madera, de dos asientos cada uno y tablero abatible, al levantar la tapa había un espacio donde se podía colocar los cuadernos que

no se usaban, los lápices de colores y todo aquel material que no hacía falta llevarse para casa. Las alumnas más pequeñas estaban colocadas a la izquierda, al lado de los grandes ventanales, que iluminaban el lugar y por los que se podía ver el paisaje de la mitad del barrio, el que linda con el mar y la isla de Tenerife y la Gomera, al fondo. En el otro lado, las mayores, sus pupitres estaban también iluminados por las ventanas que daban a la carretera y por las que se podía ver a los coches cuando pasaban y a la gente al acercarse a la tienda, situada al otro lado de la carretera.

El día transcurrió con normalidad, la primera tarea de la mañana era escritura y lectura, la maestra escribía los ejercicios que debíamos copiar y resolver en nuestras libretas, en una gran pizarra grande que colgaba de los laterales del aula; después dibujábamos y pintábamos; a continuación salíamos al recreo, las pequeñas en el patio delante de la escuela y las mayores en la carretera; la maestra estaba situada en un lugar estratégico para observar y ver cuando venían vehículos y mandarlas a colocarse en los laterales de la calzada hasta que quedara libre de nuevo y reanudar el juego. Después del recreo se hacía el dictado y se preguntaba la lección, la jornada escolar era de mañana y tarde, de nueve a doce y de dos a cuatro, por lo que nos íbamos a casa a almorzar. Por la tarde realizábamos trabajos manuales, labores, cocíamos, tejíamos y dejábamos la

clase limpia para el día siguiente. En mayo celebrábamos la fiesta de la Virgen, preparábamos la clase con un altar y adornándola con flores y una exposición de los trabajos realizados durante el curso, invitando a los padres a admirar las labores elaboradas por sus hijas.

Para llegar a casa, subíamos la cuesta que está entre la casa de Miguel Panadero y de Fina Rodríguez, hacia la Higuera Montero, en el Camino Viejo y de allí continuábamos subiendo la cuesta de las Raíces, siendo el desnivel del terreno bastante grande. Cuando estábamos culminando la subida, para llegar al rellano de los pajeros de Fernando Sanamaro, aparece mi abuela, me estaba aguardando en el alto, y me dice: ¿Qué te pasa Anita?, ¿Por qué vienes tan rezagada? Le contesto, algo llorosa, es que me duelen muchos las piernas y las chicas no me esperan. Bueno, no pasa nada, me da la mano y comienza a hablar, dice: ¡tengo una sorpresa para ti, es buena, no te la esperas ni por asomo!; siguió hablando, no recuerdo toda la conversación, solo mantengo en mi memoria la llegada a mi casa, bajar las escaleras de la entrada al dejar el camino, continuar por el patio rebasando el pajero del ganado y llegar a la cocina vieja, donde se hacía la comida con leña. Continuaba cogida de su mano. Delante estaban varias personas y dentro, sentado a la mesa, nada más entrar a la puerta, había un señor delgado, relativamente joven y con traje, enfrente mi madre, que lo miraba extasiada, como si fuese un sueño, sin decir

nada, por si la realidad se desvaneciese. Abuela me dice: Este es tu padre, no lo conoces. Me quedé inmobilizada y me vino a la mente, de repente, toda la conversación de la mañana mantenida con mi madre; las imágenes de las fotografías que enviaba desde Venezuela. En realidad, se parecía, pero no se parecía, en persona estaba diferente. Me quedé mirándolo, mi abuela me dio un empujón hacia él. Mi padre se levantó y se acercó cogiéndome en brazos. No se grabó bien en mi memoria el tiempo que transcurrió, ni lo que pasó a continuación. El siguiente recuerdo, que viene, es el de ir paseando por la finca, cogida de su mano. De toda la conversación mantenida durante este paseo, rememoro es la pregunta, ¿cómo te trata tu madre?, ¿te pelea mucho? Tímidamente le contesto, alguna vez, cuando no hago lo que ella dice.

A partir de ahí, mi vida se normalizó, ya era una familia como todas, con mi madre, mi padre y mis abuelos. No era diferente y lo más importante, sabía quién era mi padre.

La alegría creció cuando a los dos años llegó mi hermana, mi hermano tardó algo más, ya tenía doce años cuando nació. Ahora si éramos una gran familia y lo seguimos siendo, aunque falten físicamente mis abuelos y mis padres, continúan en la memoria.

Ana Gloria Hernández Rocha

La prima Juana

Juana pasaba por casa todas las tardes del mundo. Allá a las seis se adentraba en el patio y desde la escalera llamaba:

–¡María...! –mientras subía la escalera a poquito a poco.

Juana era magra, austera y muy aseadita.

Su pelo entrecano recogido en un moñito bajo, un perfil de El Greco y aquellos ojos de azul aguado que vertían ternura y picardía a partes iguales.

Ganaba la vida bordando para fuera. Siempre la vi haciendo punto de realce o *Richelieu* sobre aquellas telas vírgenes que florecían bajo sus manos.

De vez en cuando, con la labor acumulada, acudía al comercio de la calle principal. Su dueño actuaba de intermediario y vendía los trabajos manufacturados por las mujeres de la isla, sacándolos al exterior.

Juana recogía sus perras, compraba alguna cinta o algún carrete de hilo y, con la misma, bajaba las calzadas que la traían de regreso.

Para esas visitas se vestía con el traje bueno o con la falda plisada por ella misma y alguna blusita blanca que, primorosa, cubría discretamente su escote. Debajo, la combinación, no fuera a pensarse que salía medio desnuda a la calle. En las piernas, medias del color de la carne —como ella las llamaba— y zapatos oscuros de medio tacón que guardaba limpios y en su caja, debajo de la cama. El bolsito a juego, cuidado con esmero, colgado a medio brazo.

Se reunía con abuela, su prima, y hablaban de sus cosas mientras llegaba la hora en que se encendían las luces, señal de volver a casa.

Pero transcurrido el tiempo de la vida, murieron los tíos y la prima y Juana se quedó solita, en su casa de dos cuartos, excusado y cocina.

Año tras año llegaba el verano y acudía a visitarla, todos los días un ratito, a media tarde. La cancela siempre andaba abierta, el patio sembrado de callaos brillantes, los geranios en las latas de aceite y el jarro en su platito, al lado del aljibe, con el agua fresca que yo bebía a grandes tragos cuando llegaba sofocada.

Ella me esperaba privada. Me hacía sentar en un banquito a sus pies y me preguntaba de amores. Yo me reía mientras hilvanaba historias de bailes y pretendientes con el objeto de entretenerla.

Una de esas tardes rebuscó en el fondo de su armario y me entregó un paquetito. En él, un mantel de hilo con sus servilletas que sería “para cuando me casara”.

Y así, sin más ni más, pegamos a hablar de casos, de amoríos y de hombres, y ya –de mujer a mujer– le pregunté el porqué de su soltería. Sus ojitos se abrieron con sorpresa y me observaron fijamente al tiempo que un halo de melancolía transformaba su expresión.

–¿Que por qué no me casé, mi niña? Pues porque no quería acabar con alguien más ruin que yo –me contestó, mirándome con extrañeza.

Yo la enfrenté más asombrada que ella si cabe. Como no entendí nada le pedí que se explicara y ella dudó, debatiéndose entre el vértigo de adentrarse en confidencias pesarasas y el alivio de compartir conmigo añoranzas de otras épocas. Percibí en sus facciones cómo obedeciendo a su carácter, siempre corajudo, elegía tirar para adelante y hacerme partícipe de aquellos misterios.

–Yo hubiera deseado casarme y, de hecho, tuve algún pretendiente, pero lo que a mí me gustaba no me entró y no quise aceptar lo único que se me ofertaba que era casarme con algún bruto que me maltratara y me llenara de hijos, un desgraciado que se pasara la vida en el bar –me confesó, abatida.

–Pero ¿por qué suponías que iba a ser así? ¿Qué te hizo pensar que no podías encontrar un hombre bueno, adecuado para ti?

–¡Ay! –repuso–. Pareces tonta, hija. ¿Quién iba a querer a una como yo?

La miré sin dar crédito a lo que oía y esperé pacientemente a que soltara aquella carga. Poco a poco, tímidamente, me confesó su pecado, su tara.

El cura de familia ilustre, nacido en la capital, hijo de su madrina, era su padre.

Dolores Hernández Barrera

Las jugadoras

Al llegar a la puerta principal del instituto, nos estaban esperando la capitana y el entrenador del equipo local de balón mano, donde jugaríamos esa tarde. Después de presentarnos nos adentramos en el recinto con la algarabía de los alumnos que andaban por los pasillos. Cuando conseguimos llegar hasta los vestuarios en medio de los abucheos que no sabíamos exactamente de dónde venían, nos dimos cuenta de que eran algunas de nuestras rivales. Usando una estrategia muy poco ortodoxa en este deporte, que suele darse más en otras disciplinas, como el boxeo o la lucha libre.

Para minar nuestra moral gritaban una y otra vez:
—¡Vamos a machacarlas! ¡vamos a machacarlas!

Pero nosotras ni caso. Éramos una piña y sabíamos jugar bien.

En la cancha, comenzamos a calentar haciendo algunos pases, corriendo y botando la pelota. Tras el silbato del árbitro empieza el partido que inicia el equipo local, haciendo pases entre ellas para adentrarse en nuestro terreno. Su delantera central corre

hacia nuestra portería, pero antes de que llegue a la línea de juego, yo le salgo al encuentro e intercepto su balón pasándolo a nuestra jugadora lateral, que con un potente lanzamiento desde la esquina izquierda, remata la jugada marcando gol.

—¡Gooool, gol, gol, gol, goooool!

Esa tarde hicimos un partido magistral. Éramos un equipazo.

Absorta en una veladura de recuerdos de un tiempo que ya pasó. Sentí la voz de mi nieta, que había estado escuchando atentamente mi historia y que entusiasmada me pregunta:

—Abuela, abuela. ¿Qué aprendiste cuando eras jugadora de balón mano?

La abracé con cariño y le dije que aprendí muchas cosas. Pero lo más importante había sido a trabajar en equipo, a practicar el compañerismo, a ser humilde y a comprender que la unión hace la fuerza. Y que las personas que van descalificando a otras, solo demuestran su propia inseguridad.

Devolviéndome el abrazo me dijo:

—¡Abuela te quiero!

Helena Herrera

Cambios en mi vida

Vida de Julia, (mi vida). Hablar de cambio en mi vida es remontarme a unos años en el tiempo, periodo entre 2009 y 2013. En este margen de tiempo tuve la dicha de renovarme culturalmente, realicé los estudios de la ESO, que al acabarlos me aconsejaron las profesoras que siguiera con el Bachillerato. Así lo hice. Aquí descubrí materias como *la Filosofía* que tenía muy vaga noción de la misma; *el latín*, sólo lo conocía por los cantos. El resto de las materias me engrandecieron en todos los sentidos intelectuales. *El inglés*, cuánto lo mejoré. Las redacciones me ilustraron en *Lengua, Historia y Geografía*.

Pasaron un par de años de este periodo para empezar un curso en la Escuela de Adultos que se llamaba *La Escritura Desatada*. Del mismo saldría un libro de relatos en el cual participé. Lo presentamos en varios lugares de Tenerife y en algunas Islas; (recuerdo la opinión de una señora que al yo terminar el trocito que me tocó leer en el Cilindro del TEA, dijo: *me parecía estar viendo los lugares del Parque los cuales nombraba*); esta opinión no se me puede olvidar, ¿por qué?, porque me aupó un montón la autoestima. Luego lo presentaríamos en la Sala

Grande del mismo TEA, ahí leí en el ambón. Digo todo esto a raíz de que, lo que cambió en mi vida de verdad y cada vez se fue convirtiendo en cualidad (muy paulatinamente) fue la timidez, igual que la autoestima. Todos estos actos me ayudaron a ello, ya que tenía que dar la cara: hablo de la timidez tan grande que tenía al hablar en público e incluso dar una opinión sin que pasase vergüenza. Ese defecto lo superé y con creces. Puedo leer en Público, antes me costaba. Ya no soy tan introvertida, me manifiesto con mucha más naturalidad que lo hacía anteriormente. De cualquier tema que conozca puedo dar mi opinión sin el miedo que antes tenía al que dirán. Aquí puedo decir que me abrí definitivamente a todo lo que me impedía ser yo misma. Más tarde sería otro curso de lectura, que me ayudó muchísimo, sobre todo los compañeros y compañeras. Y ahora, cuando menos lo esperaba éste, en el cual me he superado o eso creo en todo lo anteriormente aprendido.

Diría que cambios siempre había tenido en otros aspectos, pero nunca con la importancia que doy a estos.

Julia Martín Díaz

Aprender a desaprender

Aprender a obedecer, a respetar, a callar, a amar. A obedecer a los mayores porque eran los tesoreros de la verdad y el árbol que nos da sombra en los días calurosos y cobijo en las negras tormentas.

A respetar sus decisiones sin rechistar: no se pisan las flores, no se tira basura al suelo, no se juega entre los cultivos, ni se coge fruta de los árboles sin permiso.

A callar y escuchar cuando hablaban, a salir de la habitación si la conversación no era para niños.

Poco a poco fui encontrando, a lo largo de mi vida, a adultos salidos del averno que llevaban a rajatabla lo de: “la letra con sangre entra”. Y respeté cada uno de los reglazos que recibí por no saber dividir. Permanecí horas con los brazos en cruz por olvidar en casa el libro de lectura, o por no saber el catecismo.

A cantar unas canciones que alababan al falan-gismo que, con mis seis años, aquello de “montañas nevadas y banderas al viento” era para mí una excursión por el campo.

A llorar en silencio las injusticias y los abusos, a encerrar bajo llave el dolor y la frustración.

Ahora voy desaprendiendo.

No te obedezco si eres un tirano y dictador, no te respeto si no respetas las libertades y las creencias individuales. No me callo si cometes injusticias con los más desfavorecidos. No te amo si no eres capaz de trabajar por el bien social.

Es más, te odio. Odio tus guerras, tu destrucción del planeta, tus festejos a costa del sufrimiento animal, tu crueldad y tu falta de empatía.

Hablas de globalización engordando la riqueza de unos pocos a costa de la mayoría.

No luchas por erradicar el hambre, las enfermedades, la desigualdad.

Intentas conquistar Marte ahogando de mierda la Tierra.

De poco ha servido salir de las cavernas.

Por todo ello cada día intento APRENDER A DESAPRENDER lo aprendido.

María Candelaria Ledesma Riera

Tercera convocatoria

Mis 4 abuelas

–¡Abuela, abuela! ¿Qué te regalaban cuando eras pequeña?

–¿A mí?

–Sí, a ti.

–Con suerte recibía unas alpargatas y algunos higos pasados.

–¿Nada más?

–No, mi niña. Éramos muchos en casa y no había para nada más.

–Y ¿a qué jugabas?

–¿Jugar? Ni me acuerdo. Con tantos hermanos y hermanas, siempre había que cuidar a los pequeños y ayudar en casa.

–Bueno, pues ahora ven a jugar conmigo.

–Cuando termine de cocinar, tengo que limpiar la casa, lavar la ropa, planchar...

–Andaaaaa, solo un ratito.

–Lo dejaremos para esta tarde.

–Vale. Después de la merienda jugaremos y me dejarás que te quite el pañuelo y que te peine.

–Ya veremos...

Carmen, también conocida como “Carmilla” siempre fue mayor, muy mayor. Se había quedado

viuda hacía unos años y nunca más abandonó la vestimenta negra que era apropiada para la época: zapatos negros, falda negra casi rozando los tobillos, blusa negra o como mucho, al cabo de años de estricto luto, con algunas motas blancas y, por supuesto, pañuelo negro anudado en la parte superior.

Vivía en una zona del pueblo, que es conocida como “El Barranco”. Su casa era de una sola planta, con la cocina y el baño en el exterior. El gran salón y la habitación principal, de paredes blancas, lucían llenos de muebles de madera de caoba. Inicialmente no había agua corriente en la vivienda, solo había una fuente cercana con un grifo a la que acudían los vecinos para abastecerse. Con el tiempo, en la casa, pudo tener un grifo tanto en la cocina como en el patio en el que estaban las plantas en macetas de barro o en latas de diversa procedencia.

Yo solo la recuerdo mayor, muy mayor.

Tras vender su casa se vino a vivir con nosotros algunos años. Era una mujer cariñosa, que me contaba cuentos antes de dormir y me acompañó a la escuela del pueblo durante mis dos primeros años de escolarización. Era la que me dejaba esconderme entre sus faldas cuando quería huir de algún contratiempo o simplemente jugar al escondite... y así fue como descubrí que no usaba ropa interior. Solo se la ponía cuando iba al médico.

Muchas tardes merendábamos agua de toronjil con trocitos de pan remojado. Para mí eran y siguen siendo olores y sabores ligados a mi abuela Carmen.

No era mi abuela biológica pues ella y mi abuelo Francisco, tras años de frustración por no poder tener descendencia, adoptaron a mi madre.

Falleció en nuestra casa, después de estar postrada en cama durante unos largos 6 meses. Fue mi primera experiencia con la muerte. El duelo se realizó en casa. Las vecinas enlutadas nos acompañaron durante el tiempo que medió hasta su entierro. La letanía de los rezos (padrenuestros y rosarios), los cafés, las agüitas, el olor de los rosquetes impregnaron el ambiente durante aquel trance. Las sillas se colocaron en fila y la puerta permaneció abierta para que la vecindad, familiares y amigos pudieran acompañarnos y despedirse.

Carmen, Carmilla, mi abuelísima, no fue mi única abuela. Tuve también otras dos “abuelas” que eran dos vecinas, Corina y Candelaria, que me adoptaron cariñosamente durante mis primeros años y reforzaron el sentimiento de ser una niña preciosa y muy querida. Vivían frente a mi casa. En aquellos años, los niños podíamos cruzar la calle y salir sin miedo.

Mi única abuela biológica, cuyo nombre era Magdalena, quedó viuda muy joven y con 3 niños pequeños. Su marido, mi abuelo paterno, falleció de un infarto con tan solo 29 años. Años después también murió su hija mayor y tuvo que criar a mis dos primas, que habían quedado huérfanas. Quizás estas circunstancias u otras que desconozco agriaron su

carácter. Su casa colindaba con la nuestra; pero apenas había contacto, más allá de saludos fríos y lejanos. Guardaba la comida y sus tesoros en un gran baúl traído de Venezuela. En su casa nunca quiso tener un frigorífico, tenía miedo a las corrientes y al frío, decía que le podía dar un airón. De pequeña, recuerdo que casi siempre ella estaba enfadada y yo siempre creí que no le gustaban los niños.

Su tez, pese a vivir en un pueblo costero, nunca lució morena. Estaba marcada de arrugas que testimoniaban los avatares de su edad. En su juventud, una foto quedaba como testigo, había sido una mujer de cuerpo recio y buen semblante que enamoró a más de un “pretendiente”. Se casó joven y una vez viuda, nunca más se desposó. Salió adelante vendiendo pescado; con su cesta a la cabeza recorría, casi siempre a pie, las distancias por los pueblos cercanos. A veces, como pago recibía unas papas de la tierra, alguna gallina, unos racimos de uva u otros productos del Valle.

No solo yo, los demás niños también la rehuían. Sin embargo, tuve la suerte de ser su confidente una vez que me hice adulta; pero eso es otra historia.

Cuatro abuelas tuve en mi infancia. Fui una niña afortunada. Cada una a su manera me regaló lo que hoy guardo como un tesoro. Aprendí, desde pequeña, que la familia va más allá de los lazos de sangre e incluye afectos que vamos eligiendo.

Coromoto Alberto Cáceres

Chito

Chito, luz de mi infancia, compañero de juegos. Muñeco de goma que pitaba si le apretabas la cara o la barriga.

Chi-to: Para pronunciar tu nombre los labios avanzan hacia delante y se separan un poco entre sí dejando ver los dientes, que también están ligeramente separados, la lengua a continuación en un punto de articulación dental se une a los incisivos superiores. Chi. To.

Era Chito por la mañana cuando firme, con las manos en los bolsillos de su pantalón corto verde con tirantes, su camisa roja, su sonrisa pizpireta y nariz puntiaguda me miraba desde su altura de treinta centímetros, subido a la mesita de noche junto a mi cama. Era Pinocho en el cuento que ya comenzaba a leer al acostarme. Era “el muñeco de goma ese” según mi padre. Pero entre mis brazos siempre fue Chito.

Chito no llegó solo aquella mañana del 6 de enero del 66. Le acompañaban un par de peluches:

Uno “mitad pato, mitad cisne” de tamaño descomunal, al que usé como sillón durante años, una jirafa también más alta que yo, grande, peluda y suave de ojos brillantes y almendrados y una docena o más de juegos que no recuerdo.

Viajamos juntos por media Europa en avión y por el resto del mundo en libros.

Un día crecí y nos separamos.

Cuarenta años después, tras una mudanza, reapareció Chito: A lo grande, en plan estrella de superproducción de Pixar. El primer juguete que podías ver del montón guardado en una enorme caja en cuyo exterior podía aún leerse “Juguetes LuisMI. Tirar”.

Hoy Chito sigue escuchando cuentos y velando sueños de otros niños. Pero eso ya es otra historia.

Luis Miguel Folgueras Rodríguez

La aralia de mamá

*Dedicado a mi madre
Tutú Gardes (1930-2018)*

Aquella fue una hermosa tarde coronada por nuestra visita al vivero de Plátanos.

Mamá y yo como niñas en medio de plantas y flores... eligiendo.

Compramos dos aralias, una para ella y otra para mí. Nos fuimos contentas.

A partir de entonces, a menudo compartíamos en nuestras conversaciones el crecimiento de cada una, como si nuestras plantitas fuesen hermanas.

Mamá decía:

–¿Cómo está tu aralia? ¡¡¡La mía ya sacó dos hojitas nuevas!!!

En realidad, nunca supimos si eran aralias, al fin y al cabo, qué importan los nombres. Para nosotras eran “nuestras aralias”.

Pasaron muchos años, algunas mudanzas, cambios de macetas, podas y hasta nuevos hijitos en otros recipientes, pero nuestras plantas aún con vidas diferentes seguían unidas a través de nosotras.

En la época en que nos vinimos a vivir tan lejos, algo en mí murió cuando dejé la mía al cuidado de otra persona.

Mamá siguió conservando la suya y continuaba contándome de sus progresos:

—¡No sabes cómo ha crecido en esta primavera!

—¡Debería podarla, pero me da tanta pena!

—No sabes qué linda se puso, ¡sacó cinco hojitas nuevas!

Con los años, poco a poco una bruma densa y gris comenzó a invadir la mente de mamá, pero la aralia no lo notaba, porque si de “algo” no se olvidaba mamá, era de regarla cada día.

Mi madre se fue un día a vivir por un tiempo a Pigüé, a casa de la tía, sin saber que nunca más volvería.

La aralia quedó en el balcón junto a otras plantas que poco a poco fueron muriendo por falta de cuidados.

La aralia no murió.

Aquella planta poseía la esencia de mi madre, de otra forma no podría explicarse como sobrevivió siete años más en su maceta azotada por los fuertes vientos de invierno, en el balcón del octavo piso, y los largos y calcinantes días de verano en Buenos Aires, sin cuidado alguno.

Una vez al año yo volvía a casa de mamá y le regaba con esmero la tierra de su maceta convertida en piedra.

Cada vez, ella me esperaba con un manojito de hojas nuevas en la punta de su larguísimo tallo despoblado.

Antes lo inexplicable abracé la hipótesis de que mi madre y ella estaban conectadas en esencia, por un hilo invisible de energía divina y su “querida aralia” seguiría con vida mientras mamá permaneciera en este mundo.

Mi madre partió en el otoño de 2018.

Cuando meses más tarde viajé a Buenos Aires, al entrar al departamento y abrir el balcón, encontré en la maceta una vara seca, meciéndose sin vida por la brisa de noviembre.

María Alejandra Comas Gardes

Los zarcillos

Apenas los uso, pero de tarde en tarde saco la cajita donde los guardo, los limpio con un pañuelo y dejo que los recuerdos se desaten mientras los contemplo y los recorro con las yemas de los dedos. Son mis primeros zarcillos, unos aros de oro muy finos, con cierre en forma de pequeña semiesfera. Se ven insignificantes para una mujer adulta, enormes para una recién nacida; me perforaron los lóbulos cuando tenía apenas unos días y pendieron de ellos toda la infancia. Relatan el día de mi llegada.

Mi madre se levantó una mañana de enero con contracciones. Mi padre la rodeó con un brazo y con el otro agarró una bolsa con ropa; caminaron por veredas hasta la finca donde vivía la familia; la dejó con mi abuela Julia y él siguió a avisar a la partera. Esta, nada más llegar, miró a la embarazada y sin ni siquiera tocarla, aseguró que siendo primeriza no había nada que hacer hasta la noche, que volvería al oscurecer. Mi abuelo Tomás, hombre práctico que solía acompañar a las palabras con acciones, sentenció que para nacer y morir era necesario un buen caldo y se fue a preparar una gallina. Julia intentó calmar sus angustias en la cocina. Mi padre, hecho

un manajo de nervios, partió en busca de mi abuela Candelaria, siempre dispuesta a echar una mano en lo que se ofreciera. Mi madre se acostó a esperar envuelta entre dolores y temores callados para no asustar al resto.

Ya se había puesto el sol cuando mi padre, apurado, se dispuso a volver a casa de la partera; por el camino se acercaba un taxi negro, venía muy despacio para no salpicarse con los charcos embarrados que había dejado el chubasco de la tarde. La mujer se bajó del vehículo, atravesó el patio lleno de matas pidiendo agua caliente y toallas y siguió al cuarto dónde se encontraba mi madre.

Alrededor de las nueve me escucharon llorar. Mi abuela Candelaria, sudorosa y aliviada, anunció que era una niña y siguió a poner la ropa ensangrentada en remojo. Mi padre corrió eufórico a vernos a mi madre y a mí antes de ir a celebrarlo con sus amigos. Mi abuelo Tomás sirvió el caldo hirviente con unas hojitas de hierba huerto. Mi abuela Julia se quitó los zarcillos que colgaban de sus orejas, la única joya que poseía, y con manos temblorosas entró en el cuarto y se los entregó a mi madre.

María Candelaria Ruiz Pacheco

El rosario

El objeto máspreciado que yo tuve de niña fue un rosario de cuentas blancas y cruz de plata, que mi maestra me regaló.

Fue así; una mañana en el patio de la escuela, una niña me preguntó cómo era mi rosario y yo le dije que no tenía rosario; a principios del curso nos habían enseñado a rezar y a mí me gustaba mucho rezar. Mi compañerita de clase se quedó asombrada, y me pregunto cómo yo lo rezaba si no tenía rosario para hacerlo. yo le dije que lo rezaba con los dedos de las manos, cada misterio, son diez cuentas, tocó cada uno de mis dedos y así rezo el rosario.

Lo que yo no sabía es que mientras yo hablaba con la niña, mi maestra había escuchado nuestra conversación. Un día que mi madre bajó a la Laguna, se encontró con mi maestra, doña Zeneida, y esta le pidió que la acompañara a su casa para darle un rosario que me había comprado, ella no quería dármelo delante de las demás niñas; cuando mi madre me lo dio me sentí muy feliz, era el más bonito que yo había visto, y le dije: Mama a ti te quiero

muchísimo, pero a Doña Zeneida también la quiero mucho.

Pasando los años me alegré mucho porque la condecoraron con la Cruz de Alfonso XII El Sabio, por sus muchos méritos en la enseñanza primaria, con el título de Excelentísima Señora, este grato recuerdo tengo de mi maestra doña Zeneida Yanes Reyes.

María Nieves López Marrero

La casa

Los recuerdos de la infancia de la casa en que viví están vacíos de personas, no hay nada, solo objetos, muebles, enseres de personas que no están allí, tan solo imágenes que se aparecen y se desvanecen, por eso quizás mi memoria se siente segura al pasear por ese pasado que habité, en aquella casa tan grande en la que convivíamos tanta familia como era lo normal antes, cuanto ruido y altercados hubieron y ahora el recuerdo de aquella época es un silencio absoluto, tal vez buscando la paz que no hubo, tal vez para conciliar el recuerdo, o quizás la única forma de disfrutar de la memoria.

El despacho

Entro de la calle y me encuentro un pasillo amplio que sirve de acceso a los clientes y está separado por un mostrador hay un despacho de ropa de lo que es una tintorería, una habitación enorme, o por lo menos a mí me lo parece, tal vez por mi mirada pequeña de mi mundo o por los muchos trajes apilados unos contra otros llenando dos paredes

todo parece enorme, hay una ventana que da la calle con un teléfono de pared antiguo negro de baquelita y un mostrador para despachar el género.

Esto lo lleva mi abuela que trabajó hasta avanzada edad, es un territorio vedado cuando está abierto al público, pero por las tardes y noches se convierte en un lugar mágico, un remanso de paz, allí paso muchos ratos, porque esas dos grandes habitaciones es lo que separa y aísla del resto de la casa donde conviven todas las familias.

La casa

Cuando se traspasa la puerta contigua, hay otro mundo, con muchos espacios, rincones, una sucesión de habitaciones contiguas unas con otras dividiendo la casa en dormitorios y salas que sirven a la vez de pasillos y se airean con ventanales.

Lo primero que te encuentras es una sala no muy grande en que hay unos pequeños sillones y un piano de pared con sus candelabros y sus polillas que mi abuela toca de vez en cuando y aunque toque las mismas canciones no importa, yo me quedo fascinado, me transporta el sonido y las melodías.

Frente a esta salita esta la habitación de mis tíos y eso es un territorio en la que no se entraba bajo reprimenda, le sigue la habitación de sus hijos, las dos habitaciones son las más grandes, quizás las mejores de la casa.

Caminado un poco más y frente la habitación de mis primos hay un comedor casi siempre vacío, con

su mesa y sillas, un aparador de guardar platos y otras cosas, casi nunca se usa, junto a él hay un gran ventanal que da a un patio semi techado donde hay una mesa grande, la mesa de comer por turnos los chicos primeros , todos los primos y luego los padres, ahí se hace más vida, es un patio alargado con una aljibe en desuso llena de trastos que alguna vez se abre para echar algún trasto más, hay una escalera que lleva a la azotea, pero volvamos ahora delante de la mesa de comer porque enfrente esta la habitación donde dormimos, no es muy grande y allí convivimos mis padres mi hermano y yo, todo es muy estrecho, un cúmulo de cosas y secretos que ocupan todo el espacio, también refugio de las tormentas familiares, ahí solo queda lo justo para transitar entre los muebles, una cama, una litera, un armario, las mesillas de noche donde mi madre muchas veces ya de noche me ayuda hacer alguna tarea que tanto me cuesta hacer, en ese cuarto hay un gran ventanal que es por donde entra el aire de respirar.

Al lado y seguimos en el patio está el cuarto de mi abuela, lleno de recuerdos, cosas y muebles antiguos que a escondida visito y observo con detenimiento, hay una urna de cristal con una base de madera que dentro hay una fotografía de una niña. Sé que es de esos niños que no llegan a mayores.

A continuación, está la cocina que es el germen de las disputas de la casa, para organizar los tiempos de las comidas, una cocina oscura, con unas alacenas, fregadero y un pollo, pero todo ahí es oscuro.

Justo enfrente está el baño, es grande y por supuesto hay que hacer turnos también para utilizarlo. Encima de él descansa la escalera de madera que cuando subes tiene cierto vaivén la baranda.

La azotea

Cuando llegas al descansillo del techo del baño, solo separan de la azotea tres escalones y hay otro mundo, hay dos habitaciones contiguas en la que vive un tío soltero que casi nunca está de día y a veces entro como no a escondidas, una de las habitaciones está llena de novelas con estanterías repletas de cosas, tarros de cristal con tornillos y objetos que no adivino para que son, en cualquier caso este lugar muchas veces se convierte en un refugio de mis huidas del practicante cuando viene a pincharte.

La azotea es mi expansión, mi campo de juego, de mis batallas donde dejo correr la imaginación creando muchas historias y donde el tiempo se para. También hay un palomar que a veces me quedo observando.

Ese es el lugar donde habitó mi infancia y se quedó a vivir conmigo para siempre.

Paco Chueca

Número 1, número 2, número 3...

Siempre aquella pesadilla recurrente que me asaltaba en la madrugada llena de miedo, espanto, recogida sobre mí misma agarrándome la barriga pues dolía y lloraba, lloraba sin poder contenerme repitiéndome una y otra vez “se han olvidado de mí”, “me han dejado en el monte sola” “nadie se acuerda, nadie vendrá a buscarme”.

Todos los domingos mi padre traía su gran jeep de la fábrica para irnos de excursión al monte, en ese coche cabíamos los 5 hermanos, 4 primos, los dos tíos, y papa y mama. ¡Ah! Y la comida, pero lo más importante de todo es que se llevara la almohada de mi padre para echar su siesta.

Aquel coche era una algarabía de gritos, llantos, peleas por donde nos íbamos a sentar dándonos empujones unos a otros. Hasta llegar al pueblo con sus casas a ambos lados de la carretera, casas casi idénticas unas de otras, de los años 60, con su salón abajo y vivienda arriba, acabado este tramo en una vuelta de la carretera desaparecía como por encanto aquella hilera de casas y enfrente nuestros

montes y montes, pinos y pinos, la gran mayoría de las veces con su neblina a ras de carretera y mucho frío.

Llegada a la explanada que escogían siempre nos bajábamos del jeep todos almohada, comida, niños y mayores.

Ya instalado todo gritaban los mayores niños a jugar, pero lejos ¿eh?, no molesten.

Corríamos hasta desaparecer de su vista buscando aquellos barranquillos llenos de pinocha que utilizábamos como toboganes, hasta oír un pito, la llamada para ir a comer, después de comer y descansar llegaba la hora de volver a casa.

Entonces mi tía gritaba niños pónganse en fila a ver si están todos, numérense y a empujones gritábamos nuestro número para entrar el primero al coche y escoger el mejor sitio, número 1, número 2, número 3... y sin acabar de contarnos gritaba mi tía ¡están todos!

Yo asustada pensaba, pero si no ha acabado de contarnos y si falta alguien, pero esta angustia que sentía nunca la manifesté.

Y fue por esto que esa niña de 5 años lloraba y lloraba sintiendo que volvían a olvidarse de ella en el monte, se había perdido y nadie se daba cuenta de su ausencia.

Pilar Díaz García

Índice

NOTA DE LA EDICIÓN	9
PRÓLOGO	11
Antonia Molinero	
PRÓLOGO: NUNCA DEJES DE SOÑAR	13
María Candelaria Ledesma Riera	
PRIMERA CONVOCATORIA	15
<i>¡Qué fiesta! ¡Grande Raffaella, grande!</i>	17
Antonio Hernández Morales	
<i>Habibi</i>	23
Evelia Hernández González	
<i>Mi abuelo paterno</i>	25
Fernando Wehbe Salla	
<i>El pueblo</i>	29
Marta Álvarez Fernández	
<i>Ella</i>	33
María Concepción Hernández Herrera	
<i>Bosque y flores</i>	35
Argelia Martín	

<i>Reencuentro</i>	39
Rafaela Candelaria Marcelino Rodríguez	
<i>El amor</i>	43
Mary Carmen	
SEGUNDA CONVOCATORIA	45
<i>El día que conocí a mi padre</i>	47
Ana Gloria Hernández Rocha	
<i>La prima Juana</i>	53
Dolores Hernández Barrera	
<i>Las jugadoras</i>	57
Helena Herrera	
<i>Cambios en mi vida</i>	59
Julia Martín Díaz	
<i>Aprender a desaprender</i>	61
María Candelaria Ledesma Riera	
TERCERA CONVOCATORIA	63
<i>Mis 4 abuelas</i>	65
Coromoto Alberto Cáceres	
<i>Chito</i>	69
Luis Miguel Folgueras Rodríguez	
<i>La aralia de mamá</i>	71
María Alejandra Comas Gardes	
<i>Los zarcillos</i>	75
María Candelaria Ruiz Pacheco	
<i>El rosario</i>	77
María Nieves López Marrero	

Nunca dejes de soñar

<i>La casa</i>	79
Paco Chueca	
<i>Número 1, número 2, número 3</i>	83
Pilar Díaz García	

